

LA UNIVERSIDAD Y LA CIENCIA EN ESPAÑA*

José Luis Peset
I.H. - C.S.I.C.

La principal característica de la Universidad española del novecientos –como ha señalado José María Hernández en el reciente congreso «Las claves de la España del siglo XX»– es su dotación para la investigación. Antes no se consideraba que el profesor universitario tuviese la obligación de hacer ciencia y, además, casi siempre se confiaba a otras instituciones esta tarea. Observatorios, laboratorios, museos, sociedades, jardines, hospitales... en estos otros lugares residía el deber de pensar en nuevos saberes. Incluso en el XX se recurre a otras instituciones para la investigación, en especial a la Junta para Ampliación de Estudios fundada en 1907 para dar pensiones, crear instalaciones y subvencionar el trabajo científico. Se quiso, tras la guerra civil, que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas tuviera la misma misión. Pero en todo caso, son los profesores los que allí investigan y, con el tiempo, van apareciendo en las propias Universidades esas mismas instalaciones. Además, la creación de las agencias de evaluación, financiación y promoción de la investigación –que se concretan en la Ley de la Ciencia de 1986– permiten asegurar una cierta estabilidad a la investigación universitaria.

Esto obliga a una forma distinta de estudiar la Universidad, que en el siglo XX se debe considerar no sólo difusora, sino también creadora de ciencia. Ciencia que, sin estar a la altura que todos queremos, presenta una razonable buena salud. Buena salud que, como buen preventivista, siempre he procurado subrayar. La ciencia española no ocupa un rango primero en el concurso de países occidentales, pero tampoco es la de un país tercermundista. Cierto es que despierta poco interés social, en especial en políticos y empresarios. Esto es muy grave y repercute en el ecosistema en que debe crecer la ciencia. Por esto, incluso con el riesgo de

* Participación en el Seminario de Investigación organizado por el Centro de Historia Universitaria Alfonso IX (VI Coloquios Alfonso IX) sobre: «Historia de la Universidad Contemporánea, siglo XX», que se celebró el 1 de junio de 2000 en el Salón de Grados de la Facultad de Geografía e Historia, de la Universidad de Salamanca.

caer en cierto «menendezpelayismo» nacionalista he procurado siempre ser benévolo con una ciencia con continuas dificultades y con unos científicos con frecuencia heroicos. Si hacer ciencia en España siempre ha sido llorar, en el XX muchos sabios pagaron su intento –o su honestidad– con el exilio o la muerte. Por esto es nuestra obligación la de hacer llegar al público –y el primero es el de los colegas historiadores– una imagen positiva de la ciencia española, que no es falsa y, en todo caso, es meritoria e incluso heroica. En cualquier caso, Menéndez Pelayo tenía una idea de lo que era la ciencia que distaba mucho de la que cualquier hombre moderno tiene.

Desde luego, la historia de la ciencia del siglo XX en España ha avanzado mucho, dando muchas pistas para el historiador de la Universidad. Desde la *Historia de la medicina española* de Luis Sánchez Granjel hasta el *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España* de José María López Piñero, Víctor Navarro Brotons, Thomas Glick y Eugenio Portela el conocimiento que sobre este siglo se tiene ha progresado. La reciente publicación del libro de José Manuel Sánchez Ron *Cinzel, martillo y piedra* ha puesto al alcance de todos una primera síntesis de lo que sobre este tema se conoce. Si bien falta mucho por estudiar, porque en el siglo que termina la Universidad tiene mucho que ver con la nueva revolución en la ciencia.

De algunos temas se sabe bastante. Por ejemplo, la figura de Santiago Ramón y Cajal siempre ha atraído la atención de los historiadores de la medicina, así de Pedro Laín Entralgo, Agustín Albarracín Teulón y José María López Piñero. Pero ni siquiera su labor científica y docente está estudiada por completo. La Junta para Ampliación de Estudios tiene buenos estudios, desde el colectivo de Francisco Laporta y colaboradores, hasta el congreso organizado por José Manuel Sánchez Ron en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ochenta años después de su fundación. Sin duda Cajal interesa por su papel de maestro de la ciencia y su repercusión internacional, y la Junta, que presidió, por su efectiva contribución al desarrollo de la enseñanza y la investigación.

Pero aparte, algunas disciplinas muy destacadas, con gran tirón aquí y en todos lugares, han producido sus propios investigadores. Algunos salen de sus mismas filas, lo que es necesario por la misma complejidad que ha alcanzado su saber, me refiero por ejemplo a la bioquímica donde los estudios de María Jesús Santesmases están sobresaliendo. Y también algunas razones políticas han facilitado los estudios sobre ciertos personajes,

oriundos de algunas de las nuevas autonomías. Así son muy destacados los trabajos decicados en La Rioja a Julio Rey Pastor y por Cantabria a Leonardo Torres Quevedo.

Pero queda mucho por hacer e incluso es preciso incidir en nuevas líneas para un adecuado estudio de la Universidad del siglo XX. Voy a intentar aportar algunas, que entran tanto dentro del mundo de la docencia universitaria, como en el de la investigación científica.

Estudios comparados. La Universidad y su ciencia se inspiran en el extranjero, es evidente desde los institucionistas y los regeneracionistas la urgencia que sienten por abrirse a Europa. En las novedades que Cajal aporta sus viajes y lecturas son fundamentales. También la Junta para Ampliación de Estudios puede haberse inspirado en la política francesa de becas de la época. Y las discusiones sobre la autonomía universitaria en la transición española coinciden con estas mismas preocupaciones en otros países, incluso en Francia.

Instalaciones científicas. La vieja Universidad carecía de instalaciones para hacer ciencia. La nueva del siglo XX se dota de hospitales y bibliotecas, laboratorios y museos, salas de disección y complejos telescopios o microscopios. La enseñanza cambia de forma integral, pues los alumnos acceden de verdad a una enseñanza práctica que los acerca a la realidad de la naturaleza o del ser humano. Ni siquiera la antigua dedicación de los médicos a los hospitales es suficiente, pues se considera que se deben conocer otros muchos aspectos, como los preventivos, los sociales, organizativos y de gestión.

Símbolos y arquitectura. La renovación que las ciudades universitarias supusieron introdujo novedades de diversos tipos. La arquitectura tuvo que preocuparse por permitir la ciencia, conseguir la convivencia pedagógica y cultural de profesores y alumnos y mostrar el papel que la ciencia y la sabiduría tienen. La Minerva que destaca entre las facultades valencianas o el arco de triunfo que somete la ciencia a las armas en la ciudad universitaria madrileña son buenos ejemplos de la simbología nueva que se introduce.

Relación con la sociedad. Desde Francisco Giner en 1902 se pide a la Universidad apertura a la sociedad. El «informe Bricall» insiste hoy angustiosamente en ello. Y, en realidad, siempre la Universidad ha respondido a lo que la sociedad –o los grupos de poder– han querido de ella. Por tanto hay que estudiar el origen y destino de alumnos y profesores, las

salidas profesionales y la relación con otras instituciones. Estas pueden ser nacionales o extranjeras, pueden ser de investigación, profesionales, industriales, comerciales, etc.

Relación con el poder. La Universidad depende de la sociedad, pero siempre ha habido una mediación importante del poder. Los Consejos Sociales no funcionan de forma adecuada y el estado nunca debe renunciar a un último control de esta institución. En este sentido, se puede recordar la eterna lucha por el control de la enseñanza, y la importancia que hoy tiene la libertad de fundación de universidades privadas. También que la Universidad ha sido un poderoso lugar de diálogo con el poder, sea porque los políticos de allí salen e incluso allí trabajan, sea por los poderosos movimientos de profesores y, sobre todo, de estudiantes que allí se han dado.